

La mujer del frío

Sus caricias de invernadero fueron flores
que el invierno ignoraba.
Su trato era exquisito, como un vino en su bodega,
pero sus roces abrasaban de fríos
por la sencilla razón de que lo hacía
con aquellos trozos de su cuerpo
que tenían los sentidos del cristal.
Yo, por mi parte, podía haberla amado mucho más,
pero me aterrorizaron los hielos
en sus palabras de crianza.
No regaló la noche alternativa
para destapar otro tapón. Renuncié
con cara de acidez y melancolía plana
al sentimiento agrio de un mal tinto:
a sus palabras acantiladas en mi oído,
a los ciclones de su aliento en mi boca
y a sus muslos escarchados en mis sábanas.